



LA AURORA DE GALICIA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

ESTUDIOS SOCIALES.

RESPECTO Á LA MUGER.

Entre hombres de poca reflexion es un desahogo el hablar mal de las mugeres. Nosotros quisieramos que se usase de mas indulgencia é imparcialidad con unos séres, cuyas buenas ó malas cualidades penden de nuestras doctrinas, y de nuestro ejemplo, ó mas bien de nuestros vicios y de nuestras virtudes.

Dicen muchos « Las mugeres son vanas, inconstantes, frivolas, artificiosas y perversas.. » y vosotros hombres de pequeño corazon y de cabeza ligera ¿ habeis pensado en las causas que orijinan todos esos defectos que censurais en las mugeres? ¿ Habeis reflexionado que vuestra falta de cordura, de instruccion sólida, de trato caballeroso, y de laboriosidad en dirigir su educacion es el origen de las flaquezas que deplorais en ellas? ¿ Que habeis hecho hasta ahora en beneficio de la pobre muger? ¿ habeis ideado un plan de instruccion esclusivamente para ella, que la enseñe á hablar con cordura, á conocer

el verdadero mérito de las personas y de las cosas, y á despreciar los charlatanes, bufones, farsantes, danzarines y demas turba ociosa y ridícula? ¿ La habeis enseñado á conocer sus deberes? ¿ La habeis pintado la grandeza de su destino? ¿ La habeis inculcado las doctrinas que la enseñen á conocerse á si misma, ó habeis tratado de adularla, de presentarla el feo vicio, cubierto con las galas de una poesia perniciosa, de una literatura sensual? Quisiera que antes de ser tan injustos con las mugeres, me respondierais con sinceridad á estas preguntas; pero os veo confusos y que guardais un silencio que os condena á ser tenidos por hipocritas y embusteros; por lo mismo forzoso nos es descubrir vuestras miserias y probar la injusticia de vuestras declamaciones.

La muger siempre fué objeto apetecido de nuestro rebelde corazon, y para lograr nuestros deseos no perdonamos los medios conducentes á los mas reprobados fines. Primero la hemos exagerado una hermosura que debiera desconocer, y para esto cuanta oratoria, cuanta poesia no hemos empleado! En hora buena que la hicieramos alguna gracia si nuestras intenciones fueran mas rectas. En hora buena que las llamaramos hermosas,

si al mismo tiempo les mostráramos la preferencia de la eterna hermosura del alma sobre la efímera hermosura del cuerpo. En hora buena que les concedierais el título de hermosas, si al mismo tiempo las hicierais ver que nada hay más hermoso en la mujer que aquellas cualidades que la elevan á una gerarquía superior, cualidades que siempre dejan un recuerdo de cariño y de respeto en todos los corazones. En hora buena que las concedierais el título de hermosas, si al mismo tiempo las manifestárais con ejemplos evidentes que la hermosura sin sentimientos virtuosos es digna de desprecio, y es en realidad despreciada por sus mismos aduladores.

Pero nosotros decimos que queremos la mujer para siempre, y la engañamos: decimos que la queremos para siempre, y la queremos tan solo para algunos días de placer, y la abandonamos después al baldón, al remordimiento y á la deshonra: por eso nos irritamos cuando escuchamos de sus labios la voz severa de la virtud, y nos burlamos de ella diciendo, que no pertenece al siglo, que sus maneras no son elegantes, que carece de instrucción, que su trato es brusco.... Mas, cuando hemos logrado con nuestro fingimiento engañar su sencillez hasta el extremo de inclinar su corazón á nuestro favor, si avisada después por una luminosa filosofía descubrió todo el mal de nuestras atrevidas pretensiones; y nos pospuso á otro hombre de más loables intentos, entonces renegamos de nuestra suerte, la llamamos coqueta y fementida.... No es esto lo peor: cuando nuestra perversidad la condujo al borde de un abismo; cuando la hemos precipitado en ese abismo horroroso, decid, la hemos tendido una mano protectora y paternal, ó la hemos abandonado á la desesperación y al infortunio? ¡Ah! infeliz entonces de la incauta mujer que fió en nuestras mentidas promesas y en nuestros pérfidos engaños!

En la edad media todo caballero llevaba por divisa de sus armas DIOS, PÁTRIA, DAMA, tres nombres adorables á los que juraba el mayor respeto y la más heroica defensa. Entonces la mujer era la reina de los torneos. Ella repartía coronas al amor, al ingenio y al valor; y el poeta y el guerrero que miraban premiado su mérito por la ma-

no de su dulce enemiga se sentían arder en entusiasmo para nuevos combates, para nuevas glorias. Entonces la mujer era una deidad que no se alcanzaba sino con muchos sacrificios, con muchos lauros, con muchos merecimientos. Por otra parte, nuestras leyes antiguas nos revelan la veneración con que era mirada la mujer de aquella edad. El esposo premiaba con cuantiosos regalos la virginidad, y demás prendas de su consorte. No se conocían esas *dotes* que otros tiempos de corrupción hicieron necesarias; esa compra ignominiosa que la mujer romana hacía del marido, que podía vivir con una concubina sin que las leyes se lo estorbasen.

Y en que consistían los atractivos de la mujer de la edad media? ¿atorbaba una erudición tan vasta y tan desarreglada como la mujer de ahora? ¿reunía ese caudal de conocimientos que tanto distinguen á muchas de nuestro siglo? ¿era escritora de novelas descabelladas? La mujer de aquellos tiempos tenía formada de sí una idea muy pequeña; sabía que su único destino era ser una fiel esposa, una buena madre, y una protectora de la desgracia. Para tener conocimiento de estos deberes le bastaba una madre cariñosa, un *retiro apacible*, y un *libro de piadosas oraciones*. Si alguna vez presidía un torneo, ó una justa literaria era porque el hombre erigía un trono para la virtud, y quería ser coronado por la verdadera hermosura: y fuera de aquellos días de regocijo universal, aquella reina del torneo tan ataviada y tan hermosa era la humilde castellana que llamaba *señor* á su marido, era la acendosa matrona, que en medio de una servidumbre numerosa no soltaba la rueda de la cintura, ó era la hija del caballero, encargada de hospedar al desvalido caminante, á quien perseguía una infausta estrella, y de cuidar del enfermo que ponía el pie en el umbral del soberbio alcazar. Entonces la mujer había comprendido su misión.

Y vosotros, pretendidos reformadores, qué habéis conseguido con proclamar la emancipación absoluta de la mujer? ¿Que habéis logrado con poner en sus manos esos libros ponzoñosos, que corrompen, afeminan y malogran las generaciones? ¿Que habéis alcanzado con predicarlas doctrinas funestas? ¿No la habéis arrebatado aquella angelical modestia, aquella encantadora sencillez, aquel ado-

rable candor que tanto las embellecía? ¿Que habeis logrado con llevarlas á vuestros corrompidos teatros en donde les pintais los vicios mas detestables con mágicos colores que trastornan la imaginacion de las doncellas, envenenan el corazon de las esposas, y revajan la dignidad de las madres? Si no fuerais vosotros, lamentariamos tantos vicios domésticos, tanto lujo desarreglado, tanta fatuidad y tantas faltas en la hermosa mitad del género humano? Y si vuestras reformas siguen una marcha tan imprudente y tan destructora; podreis esperar en lo sucesivo dulces compañeras que os profesen un afecto permanente, que alivien vuestras dolencias, y que os miren como imágenes de la divinidad? ¿Pretendereis tener con el tiempo hijas sumisas y cariñosas que tengan por guia de su conducta una sábia religion, que tiene por base la caridad; que recomienda el amor filial, la humildad sin vajeza, la modestia sin afectacion, el candor, la dulzura, la benignidad y todas las demas prendas que engrandecen al ser racional, si cada dia alejais mas de su vista esa religion celestial?

Contemplad estas ligeras reflexiones, y decidme despues en que consiste el pareceros que no hay muger buena, que no hay muger que sea digna de vuestro amor.

Aun es posible remediar los males que habeis causado con vuestros extravios ó con vuestra malignidad; aun sabemos nosotros donde teneis los recursos, de que podeis echar mano para practicar una reforma universal y prodigiosa: mejorad vuestro corazon, despojad vuestras cabezas de los delirios que las ofuscan, de los sueños que las entontecen; dad á vuestros modales públicos y privados la caballerosidad de otros siglos; principiad por respetar á la muger. No os diremos que la priveis de los beneficios de una ilustracion y cultura, cuyo mérito siempre admiraremos, no; lejos de nosotros todo proyecto de oscurantismo y rusticidad; el abuso de esa ilustracion y cultura es lo que quisieramos que desecherais; porque si habeis de inclinar al mal lo que debeis de dirigir al bien, hallaremos mas encantos en la sencillez, fanatismo y tosquedad de nuestros antepasados que en toda vuestra vana sabiduría. Tampoco seremos nosotros los directores de vuestras reformas; estamos muy lejos

de merecer se nos llame maestros de los que pueden ilustrarnos. Solo pretendemos que vindiqueis el honor de la muger, ultrajado por una censura inicua; y esto lo conseguireis, encaminandola por el sendero de la verdadera ilustracion. Tampoco es nuestro objeto ridiculizar á la que la Providencia dotó con disposiciones para las bellas artes, una vez que cultive su talento en esta clase de estudios. En otro articulo tendremos ocasion de manifestar las imponderables ventajas que la redundan de dichos conocimientos, y mas especialmente de la pintura y la música. Por ahora no pensamos mas que recordaros los medios de hacer á la muger encantadora y digna de la mayor veneracion. Si sigue los caminos del mal, vosotros teneis la culpa, vosotros sois responsables ante Dios y los hombres de todos sus extravios y de todos sus desórdenes.

Para llenar los deseos que hemos manifestado os aconsejamos que procureis hacer comprender á la muger toda la belleza de la religion y del amor. Ponedla en disposicion de que se sienta llena de santo temor de Dios; hacedla capaz de un noble entusiasmo por la virtud; inspiradla ardientes deseos de hacer todo el bien que pueda; que sea enemiga irreconciliable de toda accion moralmente baja; y si como dice nuestro querido Silvio Pellico á estas cualidades une un ingenio cultivado sin ostentacion alguna; si con este mismo ingenio es la mas humilde de las mugeres; si todas sus palabras y acciones respiran la bondad, sentimientos elevados, una elegancia natural, una firme voluntad de no faltar á sus deberes, esmero en no afligir á nadie, y en consolar á los afligidos, y en servirse solo de sus encantos para ennoblecer los pensamientos ajenos, ¡oh! entonces sería digna de vuestro grande amor, de un amor digno de ella.

Con los precisos rudimentos de la verdadera filosofia; con la parte suficiente de lógica para saber juzgar con acierto, y con las divinas maximas de la religion cristiana formareis la muger fuerte, la muger resignada, la muger humilde, la muger discreta, y por decirlo todo de una vez la muger adorable. Entonces la mayor parte de lo bello, de lo sublime y de lo heróico que admiramos en la sociedad lo deberemos á la influencia del ser hermoso, cuya presencia

todo lo reforma, todo lo embellece y todo lo ordena de una manera prodigiosa, una vez que la Providencia la destinó para ser el ornato y honestidad de los pueblos. Su sexo delicado, las gracias que reúne, las virtudes que atesore previnirán toda clase de personas á quererla, respetarla, protegerla, y aun muchas veces á someter la voluntad general á sus nobles deseos. Entonces todo conseguirá de nosotros la muger con el poderoso ascendiente de su caracter. El hombre mas perverso se acobardará de cometer ante ella una accion inicua. Pondremos el mayor estudio en ocultarla nuestras miserias para aparecer á sus ojos como modelos de perfeccion y de virtud; y aun para cierta clase de sujetos frívolos sin esperiencia y erudicion que miran como supercheria la divinidad de la religion, modelo de todo lo grandioso, para estos la idea de honor, de justicia, y de providad tendrá una relacion íntima con la muger, y ningun malvado, incrédulo y libertino querrá parecer tal ante un ser, cuyo elevado caracter estará en contradiccion con todos los vicios y con todos los desórdenes.

En virtud de las precedentes reflexiones no seremos nosotros quienes miremos á la muger bajo un aspecto degradante, especialmente cuando recordamos que alguna acostumbro nuestro corazon al amor y á la piedad; nos inspiró poesias llenas de cariño y sentimiento, y nos enseñó á conocer todo el valor de las acciones generosas. La mas depravada y miserable tendrá siempre derecho á nuestra compasion y benevolencia, y á los que sin rubor la acusen de delincuente les contestaremos con las palabras del redentor de los hombres: » aquel de vosotros que se contemple justo sea el que arroje la primera piedra á la frente de la culpable. »

JOSÉ MARIA POSADA.



EL SERENO.



Yo soy de la ciudad guarda,
Me cubre pardo capuz,
Me da poder la alabarda,
Una linterna su luz,
Y marchó con planta tarda
Sin la menor altivez...
« Las diez »
Por el barrio que me han dado
« Y nublado. »

Malos ratos paso, es cierto,
En el invierno maldito;
Pues con el frio tiritó;
Mas por no quedarme yerto
De aguardiente hecho un traguito:
¡Preciso es, cuerpo de bronce...
« Las once »
Para no verse valdado!
« Y nublado. »

En tiempo tempestuoso
Me persiguen agua y viento,
Lo que me causa tormento,
Sin embargo, vigoroso
Las calles recorro atento
Porque el ladron nada goce...
« Las doce. »
Creyendo estoy abrigado,
« Y nublado. »

Marchando voy solitario
Hechada la caperuza;
Y siento en el campanario
El grito de la lechuza
Cual vagido funerario
Que me asusta, ó me importuna...
« La una »
Y la maldigo enojado.
« Y nublado. »

Por el interés ageno
Mi ocupacion es velar,
Y nadie puede robar
Mientras que ronda el sereno:
É yo rondo sin cesar
Como así lo manda Dios;...
« Las dos. »
Nunca, pues, me han reprochado.
« Y nublado. »

Si se arma gresca ó rencilla
Llevo á los motores presos,
Y á mi alabarda se humilla
El que á su pobre costilla
Está moliendo los huesos

Dando fin al entremés.

« Las tres »

¡Se fué el tiempo revolviendo!

» Y lloviendo.

Para mi nada hay oculto;

Todo lo indago y lo veo;

A veces atisvo un bulto. . . .

¡Y que es contrabando creo! . . .

Y el que me lance un insulto

Va de vivos al baratro.

« Las cuatro »

Ya escampa y despeja ¡bueno!

« Y sereno. »

Cuando percibo el silvato

Veloz á do llaman corro. . . .

En fin, es, mi oficio ingrato. . . .

Y, Voto va que me amodorro,!

¡Oigo el reloj! ¡ó cuan grato,

Pues voy dormir con ahinco!

« Las cinco »

¡De ronco que estoy no sueño! . . .

« Y sereno, »

ALBETO CAMINO.

SOCIEDADES DE AGRICULTURA.

Cinco años hace que en la Revista de Galicia exorté á la instalacion de sociedades de agricultura, que tantas ventajas ofrece á un país como el nuestro eminentemente agrícola y ganadero. Desde entonces ni el mas pequeño esfuerzo se ha hecho con este objeto. Mi voz, débil aunque esforzada, no ha sido oída; en valde cité hechos y personas, siquiera para despertar una imitacion honrosa; en valde dije:

« Hubo un día en que el marques de Piedra buena, intendente general de Galicia, concibió un pensamiento grandioso para mejorar nuestra agricultura, y ese pensamiento fué convertido en hecho el 20 de enero de 1765, cuando á sus impulsos y bajo su presidencia se inauguró en la Coruña una academia, QUE TUVO LA GLORIA DE SER LA PRIMERA EN LA PENÍNSULA, y cuyo objeto esclusivo era trabajar con empeño para acrecentar nuestras cosechas, fomentar los prados artificiales, y cuidar del plantío y conservacion de todo género de árboles. . . . »

¿Que maligna estrella influye sobre las feraces provincias de este antiguo reino para que todo lo bueno que en ellas aparece sea como la niebla del monte que el menor viento disipa? ¿Porque en Galicia, y solo en Galicia,

mueren apenas nacen las instituciones que parecían mas estables así por las personas que se ponen al frente como por los medios de que disponen; así por la época de la instalacion como por el convencimiento general de su utilidad? Galicia es frecuentemente la primera en adquirir testimonios de progreso, títulos de gloria, pero es tambien la primera en olvidarlos y en perderlos. Sin buscar otro ejemplo, tenemos en el día uno muy palpable, el Hospicio ó casa de beneficencia. ¿Quien no lo acuerda brillar en el río de los sapos para apagarse en seguida con pérdida de un numeroso capital en máquinas y primeras materias?.. Quien no lo ha visto nacer de nuevo refulgente y hermoso en los Chouchiños para quedar en breve entregados los edificios á los temporales y los mendigos á la pública caridad? Ahora, cuantos sacrificios no cuesta alzarle de nuevo en Sto. Domingo? Quiera Dios que tenga una vida mas larga y feliz que otras veces y que llegue en breve á ser lo que se desea! Al hablar de él en la primera ocasion, le señalaremos los escollos que tiene que evitar, y le afianzaremos en lo posible en la cooperacion de todos, sin lo cual son nulos ó muy inciertos los frutos de la mejor institucion; por ahora tanto relativamente al Hospicio como á otros establecimientos útiles, nos limitaremos á clamar una y mil veces: *que no dejemos perder nunca LO BUENO Y ÚTIL una vez que lo hayamos poseido, siquiera por economía de los intereses y tiempo gastados: que procuremos á costa de los precisos esfuerzos de obra viva y no de palabra muerta adquirir todo LO BUENO Y ÚTIL que nos falta.*

Se creerá acaso que no son útiles las sociedades de agricultura, que no es bueno reunir en una masa comun los conocimientos agrícolas y ganaderos esparcidos aquí y allí, ligar con un solo lazo los intereses rurales del país, procurarse un foco de instruccion del que la ciencia y la esperiencia de cada uno se irradie hasta el caserío mas lejano? Se pensará quizá que el erijir esas sociedades es mas difícil que poner una pica en Flandes?, que son necesarios cuantiosos fondos imposibles de reunir en tiempos tan miserables, aparatos nunca vistos que ninguno sabe manejar?.. En verdad que sería ofender al menos ilustrado entendimiento imaginárselo dominado por tales creencias. Nadie hay que no confiese que son buenas y útiles las sociedades de agricultura, que tantos frutos producen en otras naciones; nadie que no conozca que solo se precisa una *voluntad decidida* para obtenerlas, una *voluntad firme* para conservarlas. Sin embargo, como el hierro no muda de forma sino á fuerza de batirlo en el yunque, vuelvo hoy á reclamar la instalacion de las sociedades, repetiré de nuevo lo

que dije cinco años hace relativamente á su utilidad y en ocasion oportuna me propongo manifestar los resortes que la *voluntad* debe poner en accion para que nuestra Galicia adquiera para siempre unas asociaciones que en mi concepto son la primera base de su prosperidad.

En Galicia no hay persona de conocimientos y de categoría que no esté interesada inmediatamente en el progreso del cultivo; no hay rincón de terreno en que no se alce la quinta de algun propietario, ocupado en dirigir las labores de su hacienda, despues de haber concluido una carrera en la universidad y de haber tenido tal vez un elevado puesto en la nacion. Aquí los pueblos se acercan casi al contacto, ninguno existe tan aislado que no tenga sobrados medios de relacion para comunicarse con el mundo entero, para traer de todas partes lo mejor y esparcirlo en breve por todas partes, principalmente auxiliandose de esa marina que fué un dia el orgullo de nuestros puertos y que volverá á aparecer en ellos luego que la necesiten las relaciones que entablemos. Aquí los trabajos de uno son vistos y examinados por todos sus vecinos, por todos los de los caseríos comarcanos, y si su práctica es ventajosa, conocidamente ventajosa, vuela de unos en otros por todo el reino, como sucedió hace pocos años con el cultivo de las patatas, hoy generalmente estendido, y está sucediendo ahora con la col de Nueva Yorck, de modo que un solo ejemplo puede ser una voz de alarma que ponga en movimiento infinitos cultivadores; y unos cuantos focos de accion son suficientes para dirigir los millares de aldeas sembradas con tanta profusion sobre el suelo gallego.

Aquí, pues, sin detenernos en otras razones, es donde mas necesarias y mas útiles aparecen las sociedades de agricultura y en donde de consiguiente se debe esforzar mas la voz para que se instalen. Lo conseguiremos sin duda si nos ayudan todos los que conocen las ventajas inmensas de la asociacion de cualquier clase que sea, los beneficios de ese segundo lazo de la época actual, de ese medio tan fácil de evitar casi todos los males del hombre. Principie de una vez en Galicia el espíritu de maucomunidad que da fuerza á los débiles, que hace un grueso cable de los hilos delgados de nuestras facultades, que da por resultado lo mejor posible con los menos posibles sacrificios; principie de una vez y principie por la industria rural que es la primera de las industrias, la mas estendida en España y la que mas impulsos exige para que no se quede tantos siglos atrás, y no se vea espuesta á perecer á los golpes de los nuevos enemigos con que cada dia lucha, ó á quedar vilmente oscurecida, co-

mo en pocos años sucederá á las industrias todas que no sigan la época, y no se muevan veloces hácia la perfeccion.

Ni á nuestro clima y terreno, acomodado á todas las clases de frutos, ni á otra causa alguna, debemos echar la culpa de nuestra agricultura decaida, de nuestra ganadería olvidada, de nuestros linos menospreciados hoy de los propios y envidia un dia de los estraños. Solo la tiene nuestra apatía en seguir medios seguros y experimentados de elevarse al nivel de las demas naciones por la ciencia, y de dejarlas muy atrás por la bondad del clima y por las facilidades de esportacion de que goza el país, y la proporcion de brazos baratos que desean trabajo. Cuando la Francia destina á la agricultura una sociedad central de que son individuos los principales sábios, 400 sociedades subalternas en las grandes poblaciones, 770 asambleas en los varios distritos y 27 quintas modelos, sin contar otros institutos y escuelas agricolas. ¿No sabrá lo que se hace? Cuando la Inglaterra ve satisfecha reunirse los labradores despues del mercado para discutir puntos de su arte, y hacer desembolsos para adquirir los libros y periódicos de agricultura y los modelos de nuevas máquinas, y optar á millares á los premios cuantiosos destinados al mejor fruto, á la mas preciosa flor, al mas gordo ternero, &c. ¿no se admirará que aun no estén contentos con el grado de perfeccion á que han llegado? Cuando estas industrias vecinas y los cantones Suizos y la Alemania, y todas las demas naciones nos dan un testimonio evidente de lo que valen las sociedades de agricultura, aun hemos de dudar y de detenernos?

No—desde ahora la esperiencia y el trabajo de cada uno va á servir á la instruccion y bienestar de todos; todos darán crédito á la ciencia porque verán con sus propios ojos lo que ella puede; todos volarán con las álas de la emulacion y cada uno por su parte presentará á los demas una teoría ó un ejemplo, una idea ó un hecho de que todos se apoderarán y desde aquel momento se generalizará, se modificará, se perfeccionará y llegará por último á dar todas las utilidades de que es capaz. Desde ahora el laborioso no pasará su vida discurrendo, y probando lo que está dicurrido y probado, y el perezoso trabajará tambien para no ser avergonzado y no responderá nunca «*eso aquí non se lle usa*». Desde ahora los propietarios anudados con los hombres instruidos van á copiar en las ciudades el hecho del marques de Piedra buena, pero con colores permanentes, eternos; los labradores á su vez, y los hacendados que viven entre ellos, lo copiarán tambien aunque sea con colores mas toscos, y estas dos clases de sociedades se pondrán in-

inmediatamente en correspondencia, estrecharán por todos los medios sus relaciones, y se tratarán como hermanos que viven con sus respectivas familias en diversas casas.

Bien sería que el Gobierno se ocupase de la organización de sociedades de agricultura. En España todo se quiere del gobierno, y ciertamente que un decreto relativo á esa benéfica instalación debiera anteponerse á tantos otros sin ventaja positiva, sin bienes reales; pero el gobierno bastante hace cuando no entraba, aunque hace mas, mucho mas, cuando facilita al pueblo nuevos medios de instruccion, al subdito medios seguros de adquirir la susistencia, cuando tiende en todo á reducir á 000 la clase proletaria. Sin embargo, para que haya sociedades de agricultura no se necesita del gobierno; quiérase y las habrá; principiase y se hallarán al momento los medios, sabiendo que es el fin: adquirir mejores métodos, mejores plantas, mejores instrumentos, saber perfectamente con el auxilio de la esperiencia comun lo que se debe hacer y lo que se debe evitar, y por último contribuir todos á la perfeccion cada uno con lo que pueda. ¿Todavía se dudará que esto sea útil?

JOSÉ MARIA GIL.

POESIA GALLEGA.

RECORDOS DA INFANCIA.

Egloga.

Sobre las rústicas flores
sentado orillas del Miño
un pastor á otros pastores
les contaba sus amores
y sus recuerdos de niño.

Ainda me acordo cal si fora onte,
cando eu era pequeno,
salton, vizoso, atravesado neno
ibame e-as obellas po-lo monte
a par d' unha garrida compañeira
tan pura como as aguas de esa fonte,
alegre, falangueira,
estreito ó van, ó seu mirar sereno,
pe curto, longo pelo a sua cara
era d-un anxel de lindura rara.

Ledos cantando, parolando ou rindo
con preguiseiro paso
po-los outeiros ibamos subindo
escorrentando acaso
as labercas que voan trembadoras
peneirando nos aires cantadoras.

¡Conque solás facía varios ramos
de froliñas do monte para Anxela!
(este era o nome d-ela)
na cabeza poñíalas en roda...
¡Oí! era un gusto mais graciosa vela
q' unha novia no dia da sua boda.

Eu ningures m' hachaba ben sin ela,
enredando de cote corriamos
po-la pradeira toda
porque as obellas, cando queríamos,
deixabamolas soas
depinicando ós gomos das queiroas.

Si algun regueiro hachabamos de atranco
e derguía o meu ben as suas naguas
para botar ás aguas
o seu fidalgo pe cal neve branco,
destonces ¡miña xoya;
non márra de Anxeliña quen se doya:

Pillaba nos meus brazos
guindando a outra banda cos zapatos
e entre doces abrazos,
como a edra se enreda a un tronco forte,
parabamos, e d-esta mesma sorte
por entre toxos e brabios matos.

E si quizais d-un fresco rio a beira
baixabamos a xunta os mais rapaces
¡aquelo era unha feira!
argallando e brincando n' pradeira
como bravos cabirtos montaraces.

De carballo unha pola retorcida
en dous gallos no medio dividida
servianos alí de randeira
para as calores refrescar do estío
arrandeando n-ela.
Xogabamos o trompo ou a estornela,
mentras outros patuxan polo rio
para pillar as troitas,
outros a reboladas
por non poder cas mans,
estragaban as arboles é froitas
aínda non logradas.

Chacina, leite, noces e mazáns
e puchas cubuladas
de cereixas ou doces ciriguelas
(sendo no tempo delas)
era a nosa merenda
cando a sombra deitabase a facenda.

Ibamos por debesas e silbeiras
moras buscando e niños
de merlos, estorniños,
rulas, vichelocregos, carniceiras,
e dabamos as nosas compañeiras,
os tenros paxariños.

Asi pasou aquela idá primeira
con tanta lixeireza,
cal lóstrogo sutil que as nubes racha
cando un metido se hacha
en noite horrible de negrura espesa.

Francisco Añón.

UN PASEO POR LA HABANA.

Era una tarde de abril, y hallábame en la fonda pesaroso como el europeo recién llegado al nuevo mundo. Recostado en la butaca á lo criollo, suspiraba de vez en cuando por mi lejana patria, y meditaba en la diferencia de costumbres, en la novedad que me había causado en los primeros días el estrepitoso rodar de carretones, el gran movimiento mercantil, y otros muchos objetos sorprendentes al extranjero espectador. Dormitaba cuando entró el negro anunciándome dos amigos que venían con el objeto de acompañarme á dar un paseo. Nos dirigimos por la puerta de la *punta* á la ancha calzada de S. Lorenzo, por la que cruzaban multitud de *quitrines* y *bolantes*, levantando montañas de polvo y ostentando orgullo y opulencia; en unos los esposos amigos, y en otros graciosas habaneras, ó un hombre solo; pero todos ufanos con la comodidad de sus asientos, y solo el infeliz africano que guía el carruage es el que va melancólico, y los caballos que lo tiran fatigados. La brisa refrescaba el ambiente abrasado pocas horas antes por la hoguera misteriosa, y sus rayos ya estaban velados por sonrosadas nubes que coloraban débilmente los contornos de la ciudad. Lentamente caminábamos mirando á la mar y en ella algunos barcos costeros que á toda vela se acercaban al puerto, cuando divisé dos grandes edificios y la portada de un recinto murado sobre el que descollaban algunos cipreses del país. De los edificios, el primero era el hospital de Lazarinos: el segundo la casa de locos, y la portada la entrada del campo santo. ¡Amalgama terrible! Aquí gime el hombre aislado con incurable dolencia, quizá lamentando la primera hora de su existencia: allí, rien y cantan otros desdichados privados de razón que no conocen la fatalidad de su estrella: y mas allá la casa de todo viviente como le llama el profeta la mansion de la muerte.

Entré poseído de un temblor respetuoso, y habiendo pasado una puerta interior de fierro observé una casita á la derecha y otra á la izquierda, la del cura y la del sepulturero. Despues de aquella puerta bobedada halleme en el cementerio. Formanlo dos calles enlo-sadas en cruz que dividen el recinto en cuatro cuadros iguales circuitos de enrejados de fierro con barrotes y remates de bronce dorado que ya la intemperie ha deslucido. Al concluir la calle principal y en frente de la puerta, se ve la capilla donde hay una deteriorada

pintura de la resurreccion universal. Adorna cada cuadro de esta triste morada una hilera de altísimos cipreses. En cada uno de los cuadros había porcion de lápidas de mármol gustosamente trabajadas unas y sencillas otras. Recorrí las que tenían epitafio por si hallaba el sepulcro de un compatriota y no le hallé hasta que por ultimo uno de los amigos que me acompañaban me dijo, «esta bobeda guarda los restos del desgraciado que V. procura» Reflexivo le estuve mirando y ninguna inscripcion tenía. Hacia un extremo del segundo cuadro á la parte del norte observé una porcion de ventanas enrejadas con bastante seguridad, y en una de las del centro un hombre medio desnudo, y segun su acento catalan que gritaba y decía desatinos porque aquel infeliz era loco. Iba á salir de la triste morada y veo que cuatro negros al parecer dirigidos por un mulato conducian el cadaver de una señora anciana cuya cara cubría un velo negro de algun valor, llegaron con el ataúd á la zanja que diariamente está preparada y le dejaron caer en ella, habiendo el mulato recogido el velo y quitádole unos zapatos nuevos que llevaba: así que los negros vieron que él lo guardaba todo le echaron garra para hacerse partícipes de aquellos despojos: quiso defenderse el mulato; pero inseguro sobre la tierra movediza que pisaba cayó en la zanja sobre el cadaver, asido á dos de sus contrarios. Un blanco que era el guarda del campo santo vino con largo látigo á remediar este escandalo celebrado por los locos desde sus respectivas ventanas con ruidosa algazara y palmoteo general. Retiramonos por fin, metime en una *balandra*, y era ya noche cuando llegué á la fonda.

R. S. P.

El *Porvenir* manifiesta no haberle agradado el discurso de nuestro colaborador D. A. M. de la Iglesia, que nosotros hemos insertado en los números anteriores por el interés de su asunto y la fluidez de su lenguaje, de lo que nos alegramos infinito, al paso que si fuera digno de sus elogios tendríamos un sentimiento. Tal vez lo que mas repugnancia causó al *Porvenir* fué la conclusion del referido discurso que tenemos el gusto de repetir «El maestro y no el cañon será el árbitro de los destinos del mundo.»

 NÚM. 8.º—AGOSTO 9.—1845.

Santiago: Imprenta de la Viuda é Hijos de Compañel.